




HOJA SATIRICA

Aparecerá cada vez que se publique



DIOS OS GUIE OLOTENSES....

LOS CACIQUES DE MI PUEBLO

Cuento que parece historia

En la rebotica de la oficina de farmacia que el *mi* tío Ruperto tiene instalada en la plaza mayor de Alléndelas, solían reunirse a diario, las personalidades más salientes de aquella villa castellana.

Bien con objeto de charlar y entretener el tiempo, bien con ánimo de formar un pequeño mentidero de chismorrerías, el caso es, que las más de las veces se veía muy concurrido y animado aquel recinto—trastienda.

Entre la asidua concurrencia se contaban: un político aburguesado y amo del cotarro; un médico ocioso y *curatotodo*; un señor clérigo, doctor en no sé qué ciencias; un chupóptero del erario municipal, y un perro faldero o tiralevistas, de ésos tan *donprecisos* en esta clase de tertulias, para aprobar siempre cuanto la opinión general creyera más oportuno y conveniente.

También mi pariente formaba parte de la comitiva y echaba de vez en cuando su cuarto a espadas, aunque si no en todas las ocasiones en que él hubiera deseado, por lo menos en cuanto las recetas y charapotes se lo permitían.

Allí, siempre los comensales se despachaban a su gusto, haciendo uso, en vez de los paliativos y calmantes, del escalpelo más afilado de la crítica.

Lo mismo los altos que los bajos, todos por igual, habían de sufrir la dolorosa operación de la censura, sin anestésicos de ninguna especie.

El continuo contacto con la medicina y la *far-*

macopea, jamás fueron alicientes de solución por aquéllos caciques.

De igual forma arreglaban la España en un momento dado que la descuartizaban sin compasión alguna.

Desgraciado de aquél que las iras de éstos mandones hacían poner en entredicho su nombre.

Cierta noche escuché, de labios de los asistentes, el *mare magnum* y ajeteo siguientes:

—Es necesario cohartar las libertades tomadas por el edil Masquera—decía el político en tono absolutista;—no debemos consentir se atropellen nuestros derechos ni se dejen sin efecto nuestros planes ni se pisoteen nuestros fueros.

—El periodista Sistral—agregaba el clérigo—doctor—que no milita en nuestro campo, ha de ser expulsado de la redacción de «El Decano».

—Rodríguez—insinuaba el médico—que aconseja a sus clientes que hagan presión sobre sus compañeros de fábrica o taller, para que mis parroquianos prescindan de mis servicios, convendría que procurásemos por echarle de la localidad.

—Estos, que, a santo de una propuesta de Madrid vienen a esta—puntualizaba el chupóptero—y nos usurpan cuanto bueno y aprovechable tenemos, es inminentemente preciso no permitirles la toma de posesión, si antes no acceden a las proposiciones que se le hagan por nosotros.

—Eso, eso—completaba de recalcar el *faldilletas*;—el predominio ha de ser siempre el nuestro, pese a quien pese.

—Señores: el deber nos obliga—volvía a insinuar el político aburguesado y mandón,—a ve-